

Los crucificados de hoy y el Crucificado de ayer (Leonardo Boff)

Hoy la mayoría de la humanidad vive crucificada por la miseria, por el hambre, por la escasez de agua y por el desempleo. También está crucificada la naturaleza devastada por la codicia industrialista que se niega a aceptar límites. Crucificada está la Madre Tierra, agotada hasta el punto de haber perdido su equilibrio interno, que se hace evidente por el calentamiento global. *El mirar religioso y cristiano ve a Cristo mismo presente en todos estos crucificados.* Por haber asumido totalmente nuestra realidad humana y cósmica, él sufre con todos los que sufren.

El evangelio más antiguo, el de san Marcos, narra con palabras terribles la muerte de Jesús. Abandonado por todos, en lo alto de la cruz, se siente también abandonado por el Padre de bondad y de misericordia. Jesús grita: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» Y dando un fuerte grito, Jesús expiró» (Mc 15,34.37).

Jesús no murió porque todos morimos. Murió asesinado de la forma más humillante de la época: clavado en una cruz. Pendiendo entre el cielo y la tierra, agonizó en la cruz durante tres horas.

El rechazo humano pudo decretar la crucifixión de Jesús, pero no puede definir el sentido que él dio a la crucifixión que le fue impuesta. El Crucificado definió el sentido de su crucifixión como solidaridad con todos los crucificados de la historia que, como él, fueron y serán víctimas de la violencia, de las relaciones sociales injustas, del odio, de la humillación de los pequeños y del rechazo a la propuesta de un Reino de justicia, de fraternidad, de compasión y de amor incondicional.

A pesar de su entrega solidaria a los otros y a su Padre, una terrible y última tentación invade su espíritu. El gran choque de Jesús ahora que agoniza es con su Padre. *El Padre que él experimentó con profunda intimidad filial, este Padre ahora parece haberlo abandonado. Jesús pasa por el infierno de la ausencia de Dios.*

Hacia las tres de la tarde, minutos antes del desenlace final, Jesús gritó con voz fuerte: *“Elói, Elói, lamá sabachtani: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”*. Jesús está al ras de la desesperanza. Del vacío más abisal de su espíritu irrumpen interrogaciones pavorosas que configuran la más sobrecogedora tentación sufrida por los seres humanos, y ahora por Jesús, la tentación de la desesperación. **Él se pregunta: “¿Será que fue absurda mi fidelidad? ¿Sin sentido la lucha llevada a cabo por los oprimidos y por Dios? ¿No habrán sido vanos los peligros que corrí, las persecuciones que soporté, el humillante proceso jurídico-religioso en el que fui condenado con la sentencia capital: la crucifixión que estoy sufriendo?”**

Jesús se encuentra desnudo, impotente, totalmente vacío delante del Padre que se calla y con eso revela todo su Misterio. No tiene a nadie a quien agarrarse.

Según los criterios humanos, Jesús fracasó completamente. Su propia certeza interior desaparece. Pero a pesar de haberse puesto el sol en su horizonte, Jesús continúa confiando en el Padre. Por eso grita con voz fuerte: “¡Padre *mío*, Padre *mío*!”. En el punto máximo de su desespero, Jesús se entrega al Misterio verdaderamente sin nombre. Será su única esperanza más allá de cualquier seguridad. No tiene ya ningún apoyo en sí mismo, solo en Dios, que se ha escondido. La absoluta esperanza de Jesús solo es comprensible en el supuesto de su absoluta desesperación. Donde abundó la desesperanza, sobreabundó la esperanza.

La grandeza de Jesús consistió en soportar y vencer esta temible tentación. Esta tentación le propició una entrega total a Dios, una solidaridad irrestricta con sus hermanos y hermanas, también desesperados y crucificados a lo largo de la historia, un total despojamiento de sí mismo, un absoluto descentramiento de sí en función de los otros. Las últimas palabras de Jesús muestran esta entrega suya, no resignada y fatal, **sino libre**: *Padre, en tus manos entrego mi espíritu* (Lc 23,46). *Todo está consumado* (Jn 19,30).

El viernes santo continúa, pero no tiene la última palabra. La resurrección como irrupción del ser nuevo es la gran respuesta del Padre y la promesa para todos nosotros.

<http://servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=825>

REZAMOS JUNTOS

Lo más importante no es que yo te busque, sino que Tú me buscas por todos los caminos.

Lo más importante no es que yo te llame por tu nombre, sino que Tú tienes el mío tatuado en las palmas de tus manos.

Lo más importante no es que yo te grite cuando no tengo ni palabras, sino que Tú gimes en mí con mi grito.

Lo más importante no es que yo tenga proyectos para ti, sino que Tú me invitas a caminar contigo hacia el futuro.

Lo más importante no es que yo te comprenda, sino que Tú me comprendes a mí en mi último secreto.



Lo más importante no es que yo hable de ti con sabiduría, sino que Tú vives en mí y te expresas en mí a tu manera.

Lo más importante no es que yo te ame con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, sino que Tú me amas hasta conmovésete las entrañas.

Lo más importante no es que yo te guarde en mi caja de seguridad, sino que yo sea en el fondo de tu

océano una esponja que se empape de ti.

Porque, ¿cómo podría yo buscarte, llamarte, amarte, si Tú no me buscas, no me llamas y no me amas primero?

Un silencio agradecido quiere ser mi última palabra.

Textos sacados del libro que CARITAS publica cada año para Semana santa y Pascua: Guiones Litúrgicos: Cuaresma y Pascua 2020. Ciclo A. "Conectados y... Vinculados".

«¿Quién ha dicho que Cristo este año no sale?»

¿Quién ha dicho esas historias?,
¿Que el Cristo este año no sale?,
si está vestido de blanco,
de azul, en los hospitales...

¿Quién dice que el Nazareno
no puede hacer penitencia,
si están todos atendiendo
a enfermos en las urgencias?

*De pronto puedo mirar un poco más
allá del miedo y del dolor de tantos.*

¿Cómo que Jesús Caído
no saldrá el Miércoles Santo?
Mírale tú en nuestros médicos
que caen rendidos, exhaustos,
con humildes cireneos
ayudando a cada paso:
celadores, enfermeras,
administrativas,
codo a codo, sin descanso.

*Un Cristo, que está aquí, que ya
vencedor, camina junto a nosotros*

Igual que en la Borriquita
pasó Jesús por la tierra,

nuestros héroes camioneros
pasan las noches en vela
para abastecer mercados
de barrio, farmacias, tiendas...

Y de pronto aquellos que daba por
sentado,
que incluso alguna vez acusé,
salen a jugarse la vida por nosotros

Ejército, Guardia Civil, Policía...
patrullan calles desiertas,
y no están con sus familias
sino cuidando a las nuestras.
Y lejos de las ciudades,
Jesucristo está doblado sobre los
surcos de tierra,
se hace a la mar en un barco,
tiende cables, cava pozos
o pastorea el ganado.

Nadie diga que el Señor
no está en las calles presente,
cuando en las iglesias solitarias
los sacerdotes celebran Misa
diariamente.

Nadie diga que el Cautivo
no va a salir este año, mientras haya
una voz buena
llamando al que está encerrado.

Nadie diga que el Gran Poder
no va en su anda,
cuando tantas vidas orantes
se ofrecen y aman.

No lo hace solo
con cansancio en la mirada,
con buen humor, sin fallarnos,
también Cristo está presente
en cualquier supermercado,
reponiendo estanterías
o a pie de caja cobrando.

Jesús viene en un camión
de blanco y verde pintado,
recoge nuestros desechos
y se va sin ser notado.

*Porque el amor que vivimos es
comunitario*

Cuando veo a tanta gente
que a los suyos ha enterrado,
siento que también salió
la Piedad del barrio bajo,

la Virgen de las Angustias
con su Hijo en el regazo.

Y aunque a todos nos asuste
el pasar por el Sepulcro,
ahí está la fortaleza
de Aquel que ha vencido al mundo.

Porque no se trata de estar
romantizando
Tal vez no haya procesiones
con imágenes talladas
pero ya ves, Cristo sale
al encuentro de tu alma,
en mil rostros escondido,
sin cirios y sin campanas.

Que, aunque no haya procesiones
por España en primavera,
seguirá oliendo el incienso
que pone su gente buena.

El amor salta las tapias,
el corazón no se encierra;
será una «Semana Santa»
más que nunca, y verdadera.